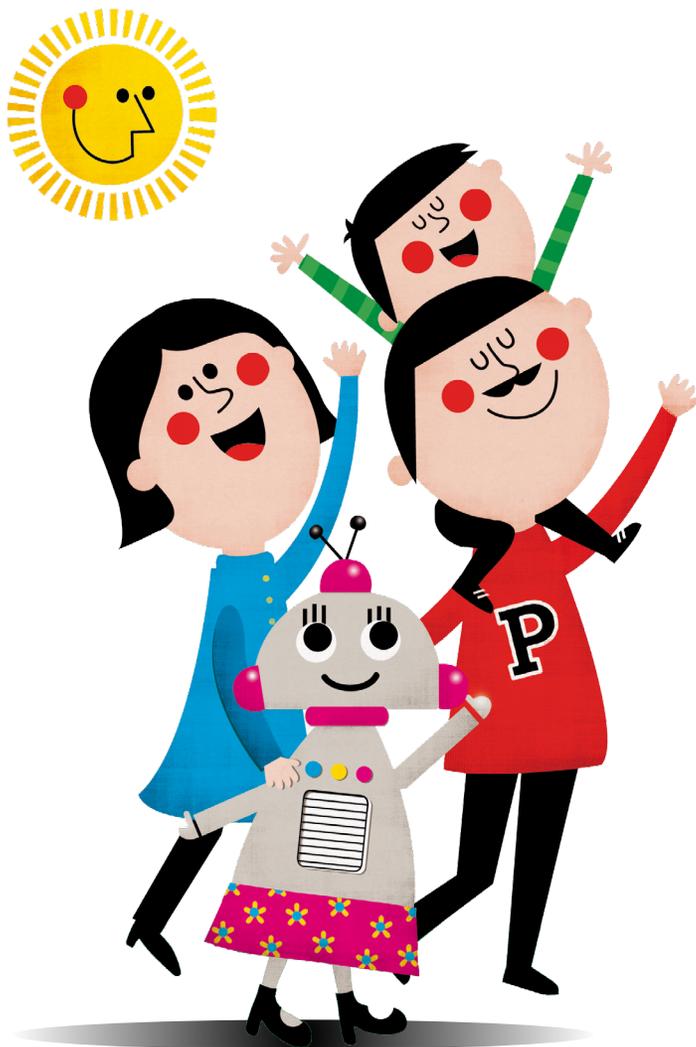


Cuento sobre orientación y mediación familiar

Besos de galleta, abrazos de metal



Dirigidos a niñas y niños de entre 6 y 12 años

Autora: Raquel Míguez. Ilustraciones: María Reyes Guijarro Ruiz.



Cuento sobre orientación y mediación familiar

Besos de galleta, abrazos de metal



Confederación Española De Asociaciones de Padres y Madres de Alumnos

Autora:

Raquel Míguez Parada

Ilustraciones:

María Reyes Guijarro Ruiz

Coordinación:

Jesús M^a Sánchez Herrero

Nuria Buscató Cancho

Isabel Bellver Vázquez-Dodero

Olga Gómez Gómez

Edita:**CEAPA**

Puerta del Sol, 4 - 6º A

28013 MADRID

Edición:

Mayo de 2014

Maquetación:

IO Sistemas de Comunicación

Imprime:

IO Sistemas de Comunicación

Enrique Granados, 24

28523 MADRID

JUNTA DIRECTIVA DE CEAPA:

Jesús M^a Sánchez Herrero, Jesús Salido Navarro, Nuria Buscató Cancho, Eusebio Dorta González, Juan Manuel Jiménez Lacalle, José Pascual Molinero Casinos, Elena González Fernández, Carmen Aguado Cabellos, M^a Carmen Padilla Darias, Gema Inés Pérez Ibáñez, José Luis Lupiañez Salanova, Emilia Ruiz Acitores, Rafael Melé Oliveras, Mustafá Mohamed Mustafá, Ascensión Pinto Serrano, Lois Uxio Taboada Arribe, José Luis Pazos Jiménez, Andrés Pascual Garrido Alfonso, Santiago Álvarez Folgueras, Petra Angeles Palacios Cuesta y Manuela Carrero García.

Introducción

El objetivo de esta publicación es aportar una herramienta a padres y madres para abordar de forma educativa con sus hijos, de entre 6 y 12 años, un tema sobre orientación familiar.

La lectura es sin duda una de las maneras más efectivas para aprender sobre cualquier tema y no solo se trata de contenidos como las matemáticas o la lengua, sino, de la vida.

A través de la lectura de cuentos, los niños y niñas desarrollan y potencian su imaginación, así como, la afectividad. Las historias que leen les ayudarán a entender su entorno y a comprenderse mejor a sí mismos.

Los cuentos son el idioma que más les motiva. Leídos conjuntamente con padres y madres aportan una herramienta divertida y mágica que facilita muchísimo el abordaje de temas de interés con los hijos e hijas dentro de un escenario lúdico, relajado y afectivo que fortalecerá el vínculo familiar, clave para el desarrollo emocional y personal de los hijos e hijas.

Por ello, hemos escogido los cuentos para enseñar a los niños conceptos, actitudes y valores asociados con las relaciones que se dan dentro de las familias.

El cuento es un instrumento muy atractivo e idóneo para que padres e hijos se unan en torno a una misma actividad, convirtiéndose así en un hilo conductor para establecer una comunicación cálida y positiva entre ellos.

Un cuento puede ser (además de una forma de aprendizaje) una vía muy importante para poder acercaros más a vuestros hijos e hijas y tener una mejor relación familiar.

Con el objetivo de facilitar la comprensión de este libro, aportamos una serie de preguntas que podéis formular a vuestros hijos e hijas para favorecer el diálogo y reforzar ideas positivas.

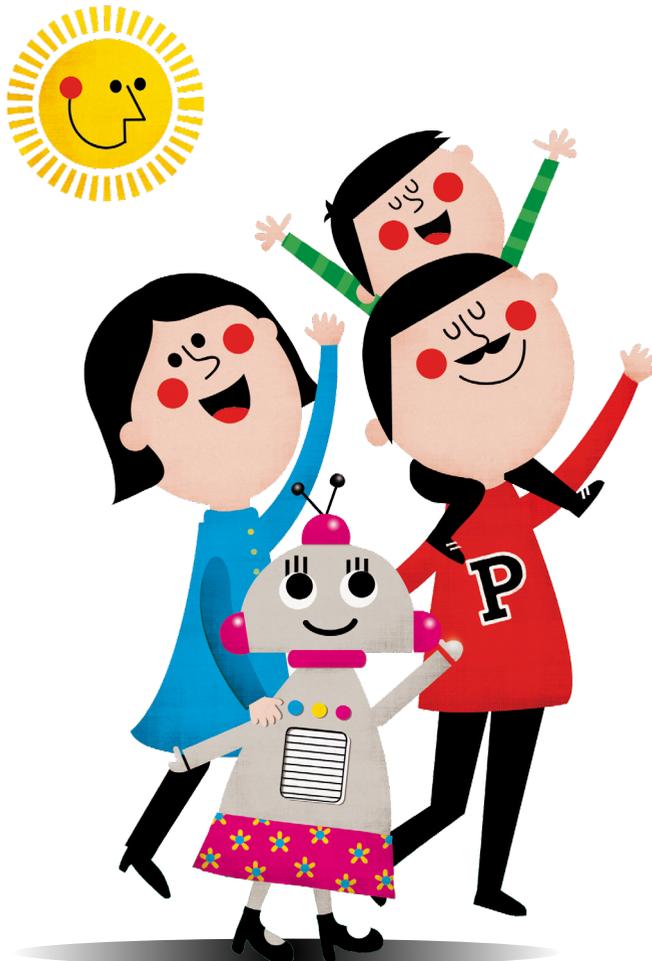
- ¿Qué le ocurre al protagonista del cuento?
- ¿Qué consecuencias tienen las diferentes decisiones que van tomando cada uno de los personajes del cuento?
- ¿Cómo resuelve el protagonista el conflicto que tiene en el cuento?
- ¿Qué valores nuevos ha aprendido en el desenlace de la historia?

A lo largo de todo el cuento, se producen situaciones que podréis analizar con vuestros hijos e hijas, plantear posibles alternativas y/o soluciones, y en definitiva, compartir un espacio de comunicación, diálogo y crítica constructiva.

Besos de galleta, abrazos de metal

Raquel Míguez Parada

Dirigidos a niñas y niños de entre 6 y 12 años



Todos los días, cuando llegaban de trabajar, los padres de Pepe entraban en su cuarto y le daban un beso, aunque él no se enteraba porque ya estaba dormido. Y por la mañana, antes de marcharse, le dejaban una notita en el frigo porque era tan temprano que aún no se había despertado.

El día que cumplió ocho años, Pepe se encontró este mensaje:

¡Feliz cumpleaños, Pepe! Te quieren: mamá y papá.

El niño se fijó entonces en una caja que había junto a la ventana. Era casi tan alta como el frigo y estaba atada con una cinta brillante de color verde, su favorito.

Pepe se subió a una silla y nada más tirar de la cinta, los cuatro lados de la caja se soltaron y se cayeron al suelo. Al mismo tiempo, un millón de bolitas blancas se desparramó por la cocina.

Al principio pensó que el regalo de sus padres era ese: una piscina de bolitas blancas. Un millón de bolitas blancas para nadar por toda la casa...

—Good morning, buon giorno, bon jour, buenos días.

Al oír la voz de Robota, Pepe se cayó al suelo del susto.



—¿Tú eres el señor Pepe? —preguntó ella saliendo de la caja recién abierta, mientras se sacudía las bolitas que se le habían quedado pegadas al cuerpo.

—No... Bueno sí... yo soy Pepe, ¿y tú quién eres?

—Soy Robota. Tu regalo de cumpleaños: cocinera, cuidadora, cantante, contadora de monedas y profesora de idiomas. Me crearon inspirándose en Lady Rosemary Oldman, encargada de la educación de su majestad imperial, Luis V de la Baja Estofa.

Tenía una voz como de metal.

—¿Tú eres mi regalo?

—Sí, oui, yes. Tus padres quieren lo mejor para ti, señor Pepe.

Pepe la miró de arriba abajo. Era alta, calva y un poco gorda.

—¿Qué sabes hacer? —le preguntó el niño.

Robota se rascó la cabeza y parpadeó. Tenía las pestañas tan largas que parecía que le pesaban y cada uno de sus parpadeos duraba tanto como tres de los de Pepe.

—Sé hacer casi cualquier cosa —contestó.

Y añadió, como si fuera el mago de la lámpara de Aladino:

—Hoy es tu cumpleaños: pídemelo lo que quieras.

—Quiero una tarta de tres pisos —se pidió Pepe—. El primero de chocolate, el segundo de fresa, el tercero de limón. Y que tenga una nave espacial de caramelo arriba del todo.

—La haré con leche desnatada: tus padres quieren lo mejor para ti.

Robota movió sus pestañas arriba y abajo un par de veces y provocó un vientito que hizo cosquillas a Pepe en la nariz. A continuación se puso el delantal, abrió el frigorífico y sacó seis huevos, la mantequilla, la leche, las fresas, un yogurt y un limón. Y preguntó al niño dónde estaban las galletas, la harina, el azúcar, la batidora y un recipiente hondo.

Entonces empezó a trabajar. Tan rápido que parecía que tuviera seis brazos en vez de dos. Pepe la miraba y miraba el reloj de la cocina: Robota tardó exactamente seis minutos en preparar la tarta de cumpleaños.

A continuación, Pepe le pidió que ordenase los cajones, que le cambiara el agua al pez, que arreglara un grifo que goteaba, que recitara una poesía, que contara las bolas blancas que habían salido de su caja (un millón cuatrocientas cincuenta y tres), que las metiera todas en el cuarto del fondo para hacer una piscina, que caminara con las manos, que contase un chiste de tomates y que lo repitiese con acento coreano... Y que fuese a buscar a sus amigos para compartir la tarta y celebrar el cumpleaños en la nueva piscina de bolas del cuarto del fondo.

Lo pasaron en grande, la tarta estaba buenísima y a las ocho y media en punto de la tarde, Robota les ordenó que se callasen porque ya no eran horas y al día siguiente había colegio. Llevó a los amigos de Pepe a sus casas y en menos de lo que tardaba en agitar sus pestañas, ya estaba de vuelta. Y en lo que tardaba en agitarlas de nuevo lo había dejado todo tan limpio como si nadie hubiese vivido nunca en la casa.

—Señor Pepe: hora de dormir.

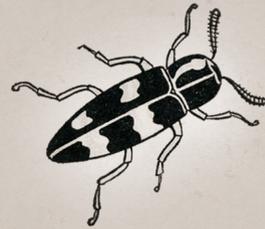
Le revisó los deberes mientras él se ponía el pijama y después le dio un beso de buenas noches.

A la mañana siguiente, Pepe corrió a la cocina a leer la nota de papá y mamá:

¿Qué tal con Robota? ¿Verdad que es la mejor? No dejes de practicar chino con ella. Te quieren: mamá y papá.

Esa noche, antes de acostarse, les dejó su respuesta:

Robota es genial. Me ha enseñado a decir "cucaracha" en seis idiomas y sabe manejar el mando de la tele con los dedos de los pies. Os echo de menos y os quiero mucho: Pepe.



la cucaracha

the cockroach

Die Schabe

lo scarafaggio

蟑螂

Y a la mañana siguiente encontró esto:

Nosotros también te echamos de menos, Pepe. Pero tenemos que trabajar duro para poder darte lo mejor. Te quieren: mamá y papá.

Pasaron los días. Con Robota, Pepe podía hacer cosas que no había hecho nunca. Jugaban al fútbol en el salón (y al terminar, ella arreglaba los desconchones de la pared). Le enseñó a trepar por el pasillo como el hombre araña, poniendo un pie en cada pared (y luego borraba las huellas de los zapatos). Explicaba muy bien las matemáticas y le ayudaba a hacer los deberes. Lo de los idiomas era un rollo, porque se ponía seria y no permitía distracciones, pero Pepe aprendió a decir “cucaracha” en tres lenguas más. La vida era divertida, aunque echara de menos a mamá y papá.

Un día, la tutora convocó una reunión de padres.

Mamá, papá, el viernes hay reunión de padres. ¿Podréis venir? Sí, por favor, por favor, decid que sí. Os quiero mucho: Pepe.

A la mañana siguiente, Pepe corrió al frigo:



Querido Pepe: Ya sabes que te queremos más que a nada en el mundo, por eso trabajamos día y noche, para darte lo mejor, pero aún falta un poco para que tengamos unos días libres. Ya le hemos dado las instrucciones a Robota para que te acompañe a la reunión de padres, no te preocupes por eso. Te quieren: mamá y papá.

Miró a Robota. Ella agitó sus pestañas y un vientecillo esparció las migas del desayuno que habían quedado sobre la mesa. Al niño le daba un poco de vergüenza ir a la reunión con su robot. Eran amigos, sí, pero ella no era papá o mamá.

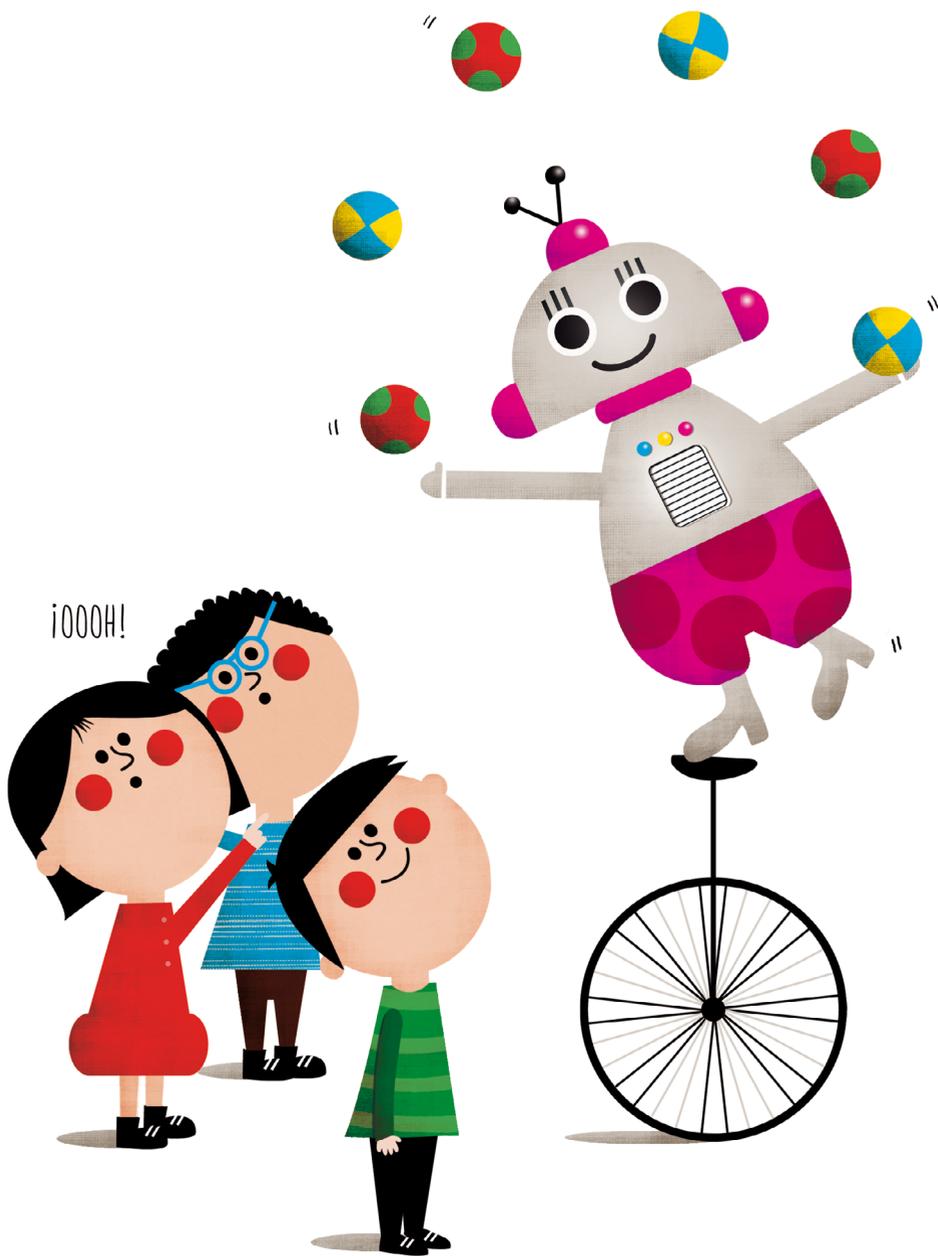
—Señor Pepe, es casi hora de salir —le dijo Robota media hora antes de la cita.

Ella nunca había ido a una reunión de padres y se notaba que le hacía ilusión. Quería aprender de todo para ser muy lista y le entusiasmaban las novedades: la habían programado así.

—Qué rara es tu madre —dijo Carolina a Pepe cuando llegaron a la reunión—. Tiene la cabeza como un queso de bola.

—¿Esa es tu madre? —preguntó Félix—. Tiene las pestañas como escobas.

Carolina y Félix nunca habían estado en casa de Pepe porque no eran sus amigos.



—No es mi madre —les aclaró—. Es mi... es mi... es Robota.

—Soy su cuidadora —Robota le había puesto una mano en el hombro—. Profesora de idiomas, cocinera, cantante, contadora de monedas y adiestradora. Me crearon inspirándose en Lady Rosemary Oldman, la mejor institutriz de todos los tiempos.

Soy lo mejor para él.

Pepe hubiera querido desconectarla. Le ardían los mofletes de oír todo lo que les contaba Robota a aquellos dos, que la miraban con la boca abierta, hasta que Carolina se tragó una mosca, tosió un poco y luego dijo:

—¡Qué suerte tienes, Pepe!

—¡Sí, que morro! —añadió Félix.

Y no dejaron de hacerle preguntas a Robota: ¿Sabes hacer nudos marineros? ¿Y mover un vaso sin tocarlo? ¿Cuántos años tienes? ¿Tienes novio? ¿Cómo se dice “cucaracha” en chino?

Ella parecía contenta. Antes de contestar a cada pregunta agitaba las pestañas y el flequillo de Carolina se ponía de punta un

segundo y luego se le caía otra vez sobre la frente. Ese día, Félix, Carolina y Pepe se hicieron amigos.

Félix se despidió de Pepe con un chócala y Carolina le dio un beso. Justo en ese momento, Pepe se acordó de su madre. Se dio cuenta de que los besos de Robota sonaban como si golpearas dos palitos metálicos. Y de que eran fríos como la barriga de una cucharilla.

“Queridos mamá y papá: Robota ha hablado con mi profesora. Han dicho cosas muy chulas de mí, la mejor, que he progresado muy adecuadamente en idiomas. Que el día de mañana seré presidente o jefe de negociado (esto no sé lo que es), o ingeniero intercontinental, como vosotros. Me han dado tres matrículas: en inglés, en chino y en matemáticas y Carolina y Félix son mis nuevos amigos. Me han dicho que qué suerte, tener a Robota, y que cómo mola y ella les ha dicho que es lo mejor para mí. Os echa muchísimo de menos y os quiere vuestro hijo: Pepe”.

“Querido hijo, estamos orgullosos de ti y claro que vas a ser un hombre importante el día de mañana. Ya le hemos dado instrucciones a Robota para que hable contigo en chino, es lo mejor para

ti. Nosotros también te echamos de menos. Ya queda poco para que tengamos unos días de vacaciones y nos lo cuentes todo. Te quieren: mamá y papá”.



Durante un tiempo Robota no habló más que en chino. La primera semana fue horrible para el niño, ¡no entendía nada! Se le había olvidado hasta cómo se decía “cucaracha”, menos mal que de repente recordó una palabra y luego otra y otra, y al final pudo dejar de hablar por señas. Pero era raro. No le gustaba

hablar chino en casa a todas horas porque era como no estar en casa. Y jugar al fútbol en otro idioma no es ni la mitad de divertido que hacerlo en el tuyo. Por primera vez en su vida, Pepe estaba deseando que llegase el lunes para ir al colegio.

“Queridos papá y mamá: Hoy no tengo nada que contaros. Os echo muchísimo de menos. Vuestro hijo: Pepe”.

“Pepe, hijo, no nos has contado nada del día de ayer. Ya sabemos que nos echas de menos, como nosotros a ti, pero dinos, ¿qué tal en el colegio? ¿Qué nueva palabra has aprendido en chino? ¿A qué jugasteis Robota y tú? Te quieren: mamá y papá”.

Pero Pepe no tenía ganas de escribirles, quería contárselo de verdad. Y que le escuchasen. Y oír su voz. Quería ir al cine con ellos, que mamá le ayudase con las matemáticas y papá con el inglés. Que jugasen juntos al fútbol en el parque y que le diesen un beso antes de quedarse dormido.

Queridos papá y mamá; Robota me cae bien, pero no me gusta hablar en chino en casa. No quiero que me acompañe ella a la reunión de padres. Aunque esas dos cosas sean lo mejor para mí. Os echo de menos: Pepe.

Robota descubrió que el niño estaba triste y empezó a mirarle todo el rato. Como si le estuviese haciendo radiografías. De vez en cuando le preguntaba cosas como:

“Si te hiciera una tarta de tres pisos, ¿se te pasaría la tristeza?”
o: “Si jugamos al fútbol en el pasillo y luego me cuelgo de la lámpara, ¿te reirías a carcajadas?”, y también: “¿Quieres que te cuente la última versión del chiste de los tomates?”.



Se pasó tres días sin parar de preguntar, se leyó todos los libros de Pepe (hasta los cuentos de cuando era pequeño) y el cuarto día se sentó en la banqueta de la cocina, muy tiesa, cerró los ojos y se quedó así, mientras el niño hacía los deberes de Lengua.

Al cabo de un rato, no se sabe si mucho o poco, abrió los ojos, agitó las pestañas y dijo:

—Cuéntame qué te pasa, señor Pepe. He intentado averiguarlo, pero no lo consigo. Tus respuestas no me han servido para nada.

Pepe cerró el cuaderno y guardó los lápices.

—No me pasa nada —contestó sin mirarla.

—Sí, te pasa. Tengo pistas: no hablas, no te ríes, tienes una arruga entre las cejas y caminas con los brazos colgando hasta el suelo.

—¿Y a ti qué te importa lo que me pase?

—Me importa. Soy...

—Ya, ya, ya lo sé: eres lo mejor para mí. No hace falta que lo repitas.

Ella agitó sus pestañas de nuevo y la notita de mamá y papá salió volando por la ventana.

—No iba a decir eso. Iba a decir: soy tu cuidadora, por eso me importa lo que te ocurra. ¿Algún problema en el colegio? ¿Alguna palabra china difícil? ¿Quieres que asuste a chulitos de tu clase? Él fue negando todo con la cabeza. No le pasaba nada de eso. No quería que asustase a nadie.

—Echo de menos a papá y a mamá, dijo por fin.

Robota se acercó y le dio uno de sus abrazos metálicos.

—Y no quiero hablar chino en casa. También echo de menos mi idioma.

Robota asintió con la cabeza, sin soltarle, y luego dijo:

—Solo lo mejor para ti, Pepe.

A partir de ese día, mandaron a la porra el chino cuando no estaban en clase de chino. Además, Robota aprendió a sonreír y a reírse a carcajadas. Y aunque su risa sonaba como si golpearas una olla con un tenedor, a Pepe le gustaba.

—Soy muy inteligente —decía ella—, programada para no parar de aprender nunca.

Sus besos de buenas noches seguían siendo fríos como si te rozasen la cara con la barriga de una cuchara, pero el niño casi se había acostumbrado.



Querido hijo: ¡Empiezan las vacaciones! Esperamos llegar a tiempo para acompañarte a la fiesta de fin de curso. ¿Con cuántas matrículas saldremos del colegio? Seguro que con el maletero lleno. Te quieren: mamá y papá.

Pero quien acompañó a Pepe a la fiesta fue Robota. Se había comprado un sombrero de paja con una cinta verde y un vestido de flores verdes para la ocasión.

Antes de salir de casa, se plantó delante del espejo de la entrada, se alisó el vestido y preguntó:

—¿Dime, espejito, quién es la más guapa?

A Pepe le dieron matrícula en chino y en matemáticas y pensó que a lo mejor a papá y a mamá les parecerían pocas. Sacar buenas notas es mucho más difícil de lo que se imaginaban los mayores. Como bucear tres largos seguidos en la piscina sin respirar.

Durante la fiesta, Pepe miraba todo el rato hacia el portón del patio, esperando que papá y mamá apareciesen en cualquier momento. Los echaba de menos.

—Robota —dijo en voz baja— a lo mejor mamá ha cambiado...

—Es baja, rubia, le brillan los dientes cuando sonrío. Ojos grandes y verdes como los tuyos.

Mientras ella hablaba, el niño no perdía de vista el portón. Entonces entró: baja, rubia, dientes blancos como un helado de nata.



NOTAS

Alumno: Pepe Ruiz

Matemáticas: ✓

Lengua Española: ✓

Inglés: ✓

Alemán: ✓

Chino: ✓



—¡Mamá!

Pepe corrió a abrazarse a su cintura. Le pareció que olía distinto. Mamá huele a su colonia de limón y aquel abrazo era de vainilla. Entonces levantó la cabeza y ella se quitó las gafas. Tenía los ojos marrones y pequeños. Aquella señora no era mamá.

La mujer dio a Pepe un golpecito con el dedo en la punta de la nariz y se volvió para saludar a una niña que olía como ella y a un niño moreno con los ojos marrones y pequeños como los suyos.

Pepe miró otra vez al portón y entonces sí, entonces vio a mamá, que le había visto abrazarse a la señora de los ojos marrones. Estaba muy quieta, tenía la sonrisa boca abajo, haciendo un puchero, y se apretaba el bolso contra la barriga. Papá estaba a su lado. Apretaba el brazo de mamá, miraba a Pepe con la boca abierta, y luego miraba a mamá y luego otra vez a Pepe.

Ellos no se movieron y Pepe tampoco. Fue como si alguien tirara de sus zapatos desde el suelo e intentase que se lo tragara la tierra. La única que dio unos pasos fue Robota. Le pasó un brazo por el hombro al niño y lo acercó a papá y a mamá.

—Bienvenidos los señores a la ciudad y después a la casa. Pepe ha crecido tres centímetros, se le ha oscurecido el pelo, tiene dos nuevos amigos, dos matrículas, tres sobresalientes, sabe hacer volteretas sin tocar el suelo, dice “cucaracha” en veinte idiomas y siete dialectos exóticos, calza un 36 y ya no le sirve el jersey de rombos.

Después de un último momento como estatuas, papá y mamá se acercaron despacio, abrazaron a Pepe y le dieron besos típicos de seres humanos, de los que suenan como cuando partes una galleta.

—Solo he sacado dos matrículas —dijo el niño.

—¡Pepe, ay Pepe, cuántas ganas teníamos de verte!

Le abrazaban los dos a la vez y Pepe pensó que era como estar en una cueva blanda y calentita donde olía a limón y a madera.

—Solo en chino y en mates —insistió, por si no se habían enterado de lo de sus notas.

—¡Dos matrículas! —exclamó papá. Y le abrazó más fuerte—. ¡Y has crecido tres centímetros!

—Y ya calzas un 36... —dijo mamá, que había empezado a llorar y no paró hasta que la camiseta y los pantalones de Pepe estuvieron tan empapados como si se hubiera caído en un charco de lágrimas.

—Vamos a casa, hoy preparo menú especial de bienvenida —dijo Robota mientras los empujaba fuera del colegio—. Y les cuento todo.

—¡No! —exclamaron mamá y papá a la vez—. Que nos lo cuente él. Pepe, queremos saber lo que te ha pasado desde el primer día hasta hoy.

Así que Pepe estuvo hablando sesenta y cuatro horas. Solo paró para dormir, porque le dieron permiso para hablar con la boca llena y para no ducharse ni vestirse... Hasta que se le acabaron los recuerdos y salieron a dar un paseo.

Ahora juegan los cuatro al fútbol en el pasillo: mamá, papá, Pepe y Robota... Y luego Robota arregla los desconchones. El vecino de abajo subió una tarde a protestar, pero se pidió portero. Y el vecino de arriba bajó a decir que así no había quien durmiera la siesta, y se pidió delantero centro.



Mamá y papá mamá ya no se marchan a trabajar sin despertar a Pepe y darle un beso de los que suenan a galleta rota.

Y Robota sigue enseñándole idiomas. El lunes empezaron con la palabra abejorro.

Cuento sobre orientación y mediación familiar

Besos de galleta, abrazos de metal

El objetivo de este cuento es aportar a padres y madres una herramienta lúdica para ejercer de forma positiva su parentalidad y enfrentarse a situaciones conflictivas que pueden llegar a darse dentro de la unidad familiar, favoreciendo la convivencia y las relaciones saludables entre todos los miembros de la familia.

La comunicación es una de las habilidades más valiosas que pueden salvar las diferencias, crear conciencia y mejorar la comprensión. Mediante la lectura compartida, se puede favorecer esta comunicación, fomentando el diálogo y la reflexión conjunta, compartiendo valores y actitudes para conseguir así unas relaciones familiares sanas y en armonía.

Financiado por:



 POR SOLIDARIDAD
OTROS FINES DE INTERÉS SOCIAL



Confederación Española De Asociaciones de Padres y Madres de Alumnos
Puerta del Sol, 4 | 6º A | 28013 MADRID | Teléfono 91 701 47 10 | Fax 91 521 73 92
ceapa@ceapa.es | www.ceapa.es